

# Mujer probaba la jama de Hitler

## El susto de comer

◆ **EFE**  
Berlín, Alemania

**Una de las probadoras** oficiales de la comida de Adolf Hitler, Margot Wölk, aprendió con el tiempo a disfrutar de nuevo de la comida y sólo ahora, a sus 95 años, se atreve a recordar públicamente el miedo que sintió durante dos años y medio al pensar que cualquier bocado podía ser el último.

La mujer, que vive en el oeste de Berlín fue reclutada a los 24 años por el servicio secreto.

La joven secretaria había huido del apartamento de su familia, destrozado por las bombas, para aterrizar a sólo dos kilómetros y medio de la localidad donde Hitler había instalado su cuartel general, la

Wolfsschanze (guardia del lobo).

“Nunca había carne, porque Hitler era vegetariano. La comida era buena, incluso muy buena, pero no la podíamos disfrutar”, pues existían rumores de que los aliados pretendían envenenar al dictador nazi”, explica la anciana.

**Qué miedo.** Cada día, a las 8 de la mañana, la mujer era recogida en la casa de su suegra y trasladada junto a otras jóvenes a una construcción de barracas en la que varios cocineros, repartidos en dos plantas, preparaban la comida.

El personal de servicio traía bandejas y fuentes con verdura, salsas, pasta y frutas que debían ser probadas por las muchachas y Wölk se veía obligada a poner su vida en juego por un hombre al que detestaba.

No obstante, la mujer jamás pensó en huir, pues no tenía a dónde: el apartamento en Berlín había quedado dañado por las bombas, su marido estaba en la guerra y desde hacía dos años no tenía noticias de él, por lo que lo daba

por muerto.

Al menos en Gross-Partsch tenía a su suegra y una cama en la que dormir.

Con el atentado del 20 de julio de 1944, en el que el “Führer” apenas tuvo un par de moretones, las probadoras fueron obligadas a abandonar sus casas e instalarse en una escuela vacía.

“Nos tenían encerradas como animales y nos vigilaban”, explica la mujer, que además fue violada por un “viejo cerdo” oficial de las SS, relata con desprecio.

Cuando el Ejército Rojo se encontraba a pocos kilómetros del cuartel general de Hitler, un teniente la sentó en un tren rumbo a Berlín y le salvó la vida, pues más tarde Wölk se enteró de que sus 14 compañeras catadoras fueron fusiladas por los soviéticos.

No obstante, al regresar a su apartamento de Berlín, cayó en manos de los rusos y fue brutalmente violada durante dos semanas, hasta el punto de que las graves lesiones le impidieron tener hijos.

“Estaba tan desesperada. Ya no quería vivir”, susurra la anciana, quien recuperó la esperanza y las ganas de vivir cuando en 1946 se reencontró con su marido Karl, con quien compartió a partir de entonces 34 bonitos años.

Sólo e cuando recibió la visita de un periodista local con motivo de su 95 cumpleaños, decidió romper su silencio.

“Únicamente quería decir lo que ocurrió, que Hitler era un tipo asqueroso. Y un cerdo”, concluye.

